

SECUENCIAS « INVERTIDAS» DE CLÍTICOS: UN CAMBIO (¿?) EN TIEMPO REAL*

David HEAP
University of Western Ontario (Canadá)

0. EL FENÓMENO

La combinación del clítico *se* con un pronombre clítico de primera o segunda persona singular (*me* o *te*) se da con dos órdenes posibles en las diferentes variedades del español. El orden estándar, el único aceptado por la norma académica, pone *se* antes de cualquier otro clítico (1ab). Sin embargo, en muchas partes encontramos también un orden «invertido» donde *se* sigue a *me* o *te* (2ab):

- (1) a. Se me seca todo. (orden estándar)
b. Se te apaga el fuego.
(2) a. Me se seca todo.
b. Te se apaga el fuego. (orden vernáculo, García Martínez 1986:117, Heap 1998)

Este orden vernáculo, o no estándar, es rotundamente condenado por las autoridades prescriptivistas: «esta construcción es estimada en todas partes como solecismo plebeyo» (RAE 1973:427). Como todos sabemos, no se prohíbe un delito que no existe, y la existencia misma de esta condena por la Real Academia indica que este orden vernáculo se da en el español actual¹. Lo conocí por primera vez en el habla murciana rural donde alterna el orden vernáculo con el estándar (véase Heap 1998), y luego comprobé que también está documentado en varios atlas lingüísticos regionales, y esporádicamente en monografías dialectales (véase por ejemplo García Martínez 1986:117). Pero poco o nada sabía sobre su distribución general a través del mundo hispanohablante, y menos todavía sobre los orígenes diacrónicos de esta «inversión» de clíticos.

1. DISTRIBUCIÓN GEOLINGÜÍSTICA

Ahora que han reaparecido los cuadernos de las encuestas del *Atlas lingüístico de la Península Ibérica* (Heap 2002) podemos estudiar estas dos variantes en toda su extensión peninsular. Los

* Agradezco a David Aldred, Diana Carter, Boncho Draguiyski, Caroline Fung, Stephanie Kelly, Rose Ricci, Juan Luís Suárez y a Raúl Vicencio por su ayuda en la preparación de este trabajo, y especialmente a Inés Fernández-Ordóñez (Universidad Autónoma de Madrid) por sus preguntas perspicaces y por facilitarme generosamente el acceso a las entrevistas transcritas del *COSEER*. Partes de este trabajo han sido presentadas (en versiones anteriores) en las universidades de Oxford y Edinburgo, donde las preguntas de J.-C. Smith y Myriam Myerhoff fueron particularmente útiles, y en el Congreso Anual de la Canadian Linguistics Association (2003, en Halifax). Esta investigación ha sido parcialmente subvencionada por el Social Science and Humanities Research Council of Canada (Heap 410-2003-0461).

datos brutos para el presente estudio se extraen de los cuadernos del *ALPI* que se está poniendo a la disposición de la comunidad científica (véase www.alpi.ca). Compilando las respuestas a las líneas 348 (*Se me cayó del bolsillo*) y 349 (*¿Se te calmó el dolor?*) del Cuaderno I del *ALPI*, y apartando aquellas zonas donde no hay secuencias de *se* + otro clítico, obtenemos un conjunto de unos 234 puntos (un poco menos de la mitad del total de 527 puntos encuestados en el *ALPI*). Las localidades pertinentes para el presente estudio van del punto 331 (Cofiñal, León) hasta el 639 (Mosqueruela, Teruel), e incluyen todas las provincias de habla española donde el *ALPI* recoge estas secuencias.

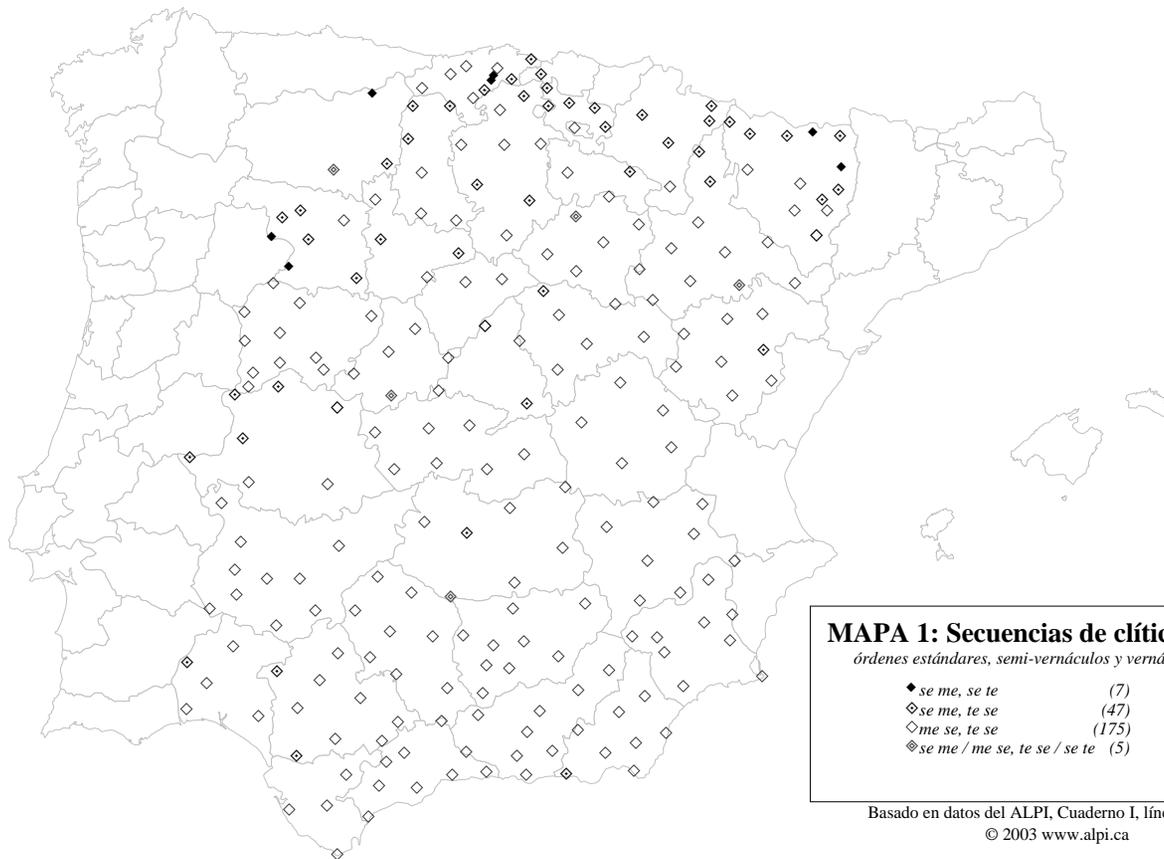
Si consideramos la distribución general de las variantes estándares y vernáculos, la primera observación que salta a la vista es la relativa escasez numérica de las secuencias estándares: la gran mayoría de los puntos donde hay respuestas pertinentes presentan los órdenes vernáculos. Para la línea 348 (*Se me cayó del bolsillo*), encontramos 177 puntos con el orden *me se*, frente a sólo 57 con *se me*: o sea 75,6% frente a 23,5%, respectivamente. Esta preponderancia del orden vernáculo resulta aún más marcada en la línea 349 (*¿Se te calmó el dolor?*), donde vemos 222 puntos con *te se*, equivalente a 94,8%, y solamente 7 (3%) con *se te*. En ambos casos, la distribución geográfica de las variantes parece confirmar el carácter marginal del orden estándar: en el Mapa 1, vemos que los siete puntos con ambas variantes estándares (*se me* y *se te*) están aislados en Zamora, León, Cantabria y Zaragoza. En cambio el orden vernáculo predomina en zonas de Reconquista, aunque también tiene una amplia penetración en la mayor parte de las provincias norteñas².

2. CONDICIONAMIENTO LINGÜÍSTICO

En el Mapa 1 vemos también que hay unos 50 puntos mixtos, o sea que tienen el orden estándar para una variante y el orden vernáculo para la otra. Este orden «semi-vernáculo» se distribuye por la mitad norte del área castellanoparlante (entremezclado con el orden vernáculo en muchas partes) y con escasas ocurrencias aisladas en el sur. Lo llamativo aquí es que estos puntos

¹ Otras pruebas indirectas incluyen la frase mnemotécnica «*la semana antes del mes*», que citan numerosos hablantes de su propia experiencia escolar (cf. Alvar 1995:1242, n. S 601), así como el programa de tratamiento de texto que se utiliza para componer el presente texto, cuyo módulo español corrige automáticamente *me se* y *te se* a *se me* y *se te*.

² El Mapa 1 tiene además cinco puntos aislados con respuestas múltiples donde el encuestador apuntó el orden estándar y el vernáculo juntos, ya sea en la línea 348 (*se me / me se*) o 349 (*se te / te se*) o en las dos.



MAPA 1: Secuencias de clíticos

órdenes estándares, semi-vernáculos y vernáculos

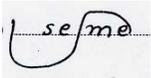
- ◆ *se me, se te* (7)
- ◇ *se me, te se* (47)
- ◈ *me se, te se* (175)
- ◈ *se me / me se, te se / se te* (5)

Basado en datos del ALPI, Cuaderno I, líneas 348 y 349.
© 2003 www.alpi.ca

semi-vernáculos no presentan una variación libre o aleatoria entre las dos variantes, sino que existe una notable asimetría entre los dos órdenes: todos estos 50 puntos de encuesta tienen *se me* (estándar) y *te se* (vernáculo), y ninguno tiene *me se* (vernáculo) y *se te* (estándar)³. Si esto hubiera sucedido en unos pocos puntos no sería de por sí sorprendente, pero teniendo 50 puntos mixtos con la misma combinación y ninguno con la combinación inversa, parece inevitable la conclusión de que esta correlación no se debe al puro azar. Postulamos pues que hay una relación implicacional (asimétrica) entre los clíticos de la primera y segunda personas del singular en estas secuencias:

(3) En una variedad no estándar del español, tendemos a encontrar *te se* sin *me se*, pero no *me se* sin *te se*.

O sea, *te* participa más fácilmente en la «inversión» con *se* y lo hace sin que se dé necesariamente la «inversión» con *me*, mientras que *me* resiste más a este orden vernáculo, tiende a aparecer con el orden estándar y solamente adopta el orden vernáculo cuando *te* ya lo ha hecho. En términos de teoría morfológica, esta diferencia implicacional puede relacionarse con el marcaje diferencial en la estructura interna de los clíticos. Este marcaje diferencial y la subespecificación morfológica representan por su parte un factor clave para comprender la variación en el orden de las secuencias de clíticos en general (Heap 1998, 2003), pero es éste un tema que nos alejaría de la presente problemática. En resumen, los datos del *ALPI* nos dan una imagen «instantánea» de la distribución de los órdenes estándares y vernáculos en el español rural de hablantes peninsulares nacidos en la segunda mitad del siglo XIX. Se destaca en esta visión global el predominio de las secuencias vernáculos, frente a las combinaciones estándares. Por otra parte, entre las dos variantes vernáculos, el orden *te se* resulta mucho más generalizado que *me se*. La naturaleza histórica de estos datos se revelará en la comparación con otros datos geolingüísticos procedentes de otra época (a partir de mediados del siglo XX), y luego también con los obtenidos con otro tipo de metodología.

³ En un punto (*ALPI* 362: Eljas, Cáceres), línea 348 da *se me* con lo que parece una «corrección»: , significando tal vez que el orden *me se* fuera observado en este enclave. Resulta prácticamente imposible juzgar cómo leer esta aparente corrección (¿posterior?), y por lo tanto descartamos de nuestro análisis esta forma hápax (que habría sido el único punto mixto con *me se* y *se te*). Hay otros factores sugiriendo que este cuaderno debe tratarse con cuidado: en la página 2 del mismo, el encuestador (era Espinosa: aunque no firmó la página 2, se reconoce por su grafismo) apunta que su informante es «propietario» de profesión, y que sabe leer y escribir. En la página 3 apunta nombres y apellidos de tres personas más, una de las cuales también lee y escribe. Todo esto sugiere que esta encuesta puede haberse salido un poco de los métodos del *ALPI* (Navarro Tomás 1975), e incluso puede que hubiera interrupciones y

3. DIACRONÍA MÁS RECIENTE

3.1. *Los atlas regionales*

Como observaba Navarro Tomás hace más de un cuarto de siglo, los materiales del *ALPI* «encierran ya importante valor histórico para la lingüística hispánica» (1975:20). Esta observación resulta particularmente certera en un caso como el nuestro, donde los puntos pertinentes son de la zona castellana, la cual fue encuestada en un período compacto entre 1930 y 1936. Como observa Jaberg (1936:16), los atlas de gran dominio y los de pequeños dominios deben lógicamente completarse, por ejemplo, en cuanto a la densidad de la malla de puntos y los cuestionarios (necesariamente más generales en los de gran dominio y más detallados en los de pequeños dominios). También pueden ser complementarios en lo que concierne a la diacronía (cf. Dauzat 1939), ya que el lapso de tiempo entre la recogida de los datos para los diferentes proyectos y la diferencia en las fechas de nacimiento de los sujetos encuestados permiten comparar dos etapas consecutivas de las mismas variedades. Los atlas lingüísticos regionales nos proporcionan pues un punto de referencia para comparar los materiales del *ALPI* con datos producidos por sujetos nacidos una o dos generaciones más tarde. En el caso de la Península Ibérica, tenemos la suerte de que el cuestionario utilizado para los atlas regionales reproduce muchas de las preguntas que aparecen en el cuestionario del *ALPI* (Alvar 1953: 57), lo cual facilita una comparación directa entre variantes idénticas.

En el caso de Andalucía (*ALEA*, Alvar *et al.* 1961-1973: 1843-1844), el orden vernáculo predomina en todo el territorio encuestado. En el Mapa 1843, 203 de los 230 puntos, o sea 88%, nos proporcionan *me se* y solamente 23 puntos (10%) *se me*. En el Mapa 1844, 207 de los 230 puntos, el 90%, presentan *te se* frente a 19 (8%) con *se te*. En ambos mapas hay cuatro puntos (2% del total) donde encontramos el orden vernáculo y el estándar juntos.

El atlas de Aragón, Navarra y La Rioja (*ALEANR*, Alvar *et al.* 1979-1983: Mapa 1728) muestra claramente que el predominio cuantitativo del orden vernáculo se confirma globalmente, pero la presentación de los datos en un solo mapa dificulta un poco la comparación directa entre las dos variantes, o sea órdenes con primera y con segunda persona. Encontramos el orden *me se* en

correcciones entre los cuatro sujetos. Más vale ser cauteloso con datos recogidos bajo condiciones tan anómalas.

109 de los 175 puntos, o sea un 62%. En cambio, los resultados para el orden *te se* no se presentan directamente en un mapa sino en nota ⁴, la cual permite concluir que nueve de los puntos con *se me* estándar tienen también *te se* vernáculo, dando un total de 118 puntos. La proporción de puntos que presentan exclusivamente el orden vernáculo aumenta pues de 62% a 67% con estos datos, mientras que el número de puntos mixtos (con ambos órdenes) permanece estable, con 23 puntos o un 13% del total, y los puntos con el orden estándar retroceden de 38% a 33%. Sin dar un recuento detallado de las diferentes provincias estudiadas en el *ALEANR*, cabe observar esquemáticamente que la proporción relativa de los dos órdenes (estándar y vernáculo) también cambia geográficamente, desde el norte de Navarra, Huesca y Logroño, donde predominan los órdenes estándares *se me* y *se te*, hasta el sur de Zaragoza y Teruel, donde los órdenes vernáculos (*me se* y *te se*) son mayoritarios.

En el atlas de Cantabria (*ALECan*, Alvar 1995), las dos variantes se presentan en el mismo Mapa 1242, con un solo símbolo para los dos órdenes vernáculos (*me se*, *te se*) y otro para los dos órdenes estándares (*se me*, *se te*). Los órdenes no estándares siguen presentes, aunque en proporción menor: nueve puntos tienen los órdenes vernáculos y seis tienen ambos órdenes, de un total de 55 puntos, o sea 16% y 11% respectivamente. Desgraciadamente, dentro de estos porcentajes globales, no se puede comparar la incidencia de *te se* frente a *me se*, ya que no fueron separados al cartografiar los datos. Esta manera de presentar los datos recogidos imposibilita la comprobación de la implicación asimétrica que existe entre los dos órdenes vernáculos en otros atlas: es una lástima, sobre todo si tenemos en cuenta que el mismo investigador ya había mostrado en sus publicaciones anteriores que estas dos variantes no tenían una distribución geográfica idéntica.

⁴ «*SE TE*: El orden de los componentes concide [*sic*] con el de este mapa [=1728, *SE ME*] salvo en Na202, 203, 205; Z 201, 300, 600; Hu 203, 206, 406; Te 504» (Alvar *et al.* 1979-1983: Mapa 1728). Ya que nueve de estos puntos tienen el orden *se me* en el Mapa 1728, al no coincidir aumentan el número de puntos con el orden vernáculo. El punto restante, Na[avarra] 205, presenta ambos órdenes (*me se* y *se me*) en el Mapa 1728, lo cual no permite interpretar la nota citada: ¿cómo puede ‘no coincidir’ si en esta localidad se dan ambos órdenes *se me* y *me se*? Posiblemente signifique que sólo uno de los dos órdenes se da en este punto, pero en este caso no se puede saber cuál era (el vernáculo *te se* o el estándar *se te*). Para más sobre las incoherentes lecturas de algunos detalles en este atlas lingüístico y en otros, véase Pato Maldonado (2003:114-116).

Finalmente, en Castilla y León (ALCyL, Alvar 1999, Mapas 109 y 110), de 200 puntos en total encontramos 76 (38%) con *me se* frente a 86 (43%) con *te se*. En ambos casos hay 19 puntos (10%) donde existen los dos órdenes, *me se* y *se me* (en Mapa 109), y *te se* y *se te* (en Mapa 110). La distribución geográfica es también notablemente asimétrica: predominan los órdenes vernáculos en las provincias de Salamanca y Segovia, mientras que los órdenes estándares son más numerosos en Ávila, Zamora, León, Palencia, Burgos y Soria. Si se reúnen los datos de los puntos donde la «inversión» se da en una de las secuencias y no en la otra, el ALCyL vuelve a corroborar la asimetría entre ambas: hay 19 puntos en que *te se* coexiste con *se me* (10%), mientras que sólo en 7 enclaves *me se* convive con *se te* (4%). Éstos últimos son los únicos casos documentados donde vemos el orden vernáculo *me se* con el orden estándar *se te*.

La Figura 1 resume los datos sobre las secuencias de clíticos en los diferentes atlas lingüísticos que he podido consultar (para cada variante, los resultados con cada orden y con ambos órdenes, y el porcentaje de puntos que tienen el orden vernáculo sólo o en combinación):

	<i>me se</i>	<i>se me</i>	ambos	% vernáculo	<i>te se</i>	<i>se te</i>	ambos	% vernáculo
ALPI	177	57	4	76,1	227	7	4	97,1
ALEA	203	23	4	90,0	207	19	4	91,7
ALEANR	109	43	23	75,4	118	34	23	80,6
ALECan	9	40	6	27,3	9	40	6	27,3
ALCyL	76	105	19	47,5	86	95	19	52,5

Figura 1: Resumen de las secuencias de clíticos en los diferentes atlas

La incidencia global de los órdenes vernáculos varía mucho, de casi categórico (97% en el ALPI, 92% en el ALEA) a relativamente marginal (27%, ALECan). Globalmente podemos concluir que, en aproximadamente medio siglo, los órdenes vernáculos habían retrocedido en casi todas las regiones (excepto Andalucía), y que en los dos atlas más recientes (ALECan y ALCyL) los órdenes vernáculos se vuelven minoritarios. Pero independientemente de la incidencia global de las variantes, lo que se nota sobre todo en estas cifras es que la proporción de puntos con el orden vernáculo *me se* nunca es superior a la proporción con *te se*. Fijándonos en los porcentajes de órdenes vernáculos, vemos que generalmente la tasa de *te se* le gana a la de *me se* por un margen

de entre 2% y 20% (excepto en el *ALECan*, donde las dos variantes no se pueden distinguir). Esta generalización cuantitativa corresponde a la misma asimetría implicacional notada más arriba en (3). Parece muy poco probable que una correlación tan marcada se repita en el *ALPI* y en otros tres atlas lingüísticos (excluyendo el *ALECan*) por pura casualidad.

3.2. Nota metodológica

Al análisis geolingüístico y cuantitativo presentado arriba se le podría reprochar que los datos que nos proporcionan los atlas lingüísticos no son aptos para el estudio de un fenómeno morfosintáctico como es el ordenamiento interno de las secuencias de pronombres clíticos. El protocolo de encuesta de los atlas es notoriamente rígido: existe un cuestionario preestablecido en el cual el encuestador propone las palabras o frases que el informante va «traduciendo» a su habla local, procedimiento que no parece favorecer las respuestas más espontáneas. Subsiste siempre la duda: las respuestas obtenidas por medio de la «traducción», ¿no habrán sido influenciadas por la forma en que los encuestadores planteaban la pregunta?

La reflexión sociolingüística moderna nos impone una respuesta afirmativa a esta pregunta: la forma de presentar una frase para ser «traducida» no podría sino tener un impacto en las respuestas obtenidas. Y es más: toda la situación, en que un campesino se veía sometido a una larga entrevista con un encuestador forastero (que encima de ser universitario ¡hace unas preguntas tan extrañas!), favorecería indudablemente la producción de datos no particularmente espontáneos. Pero, por otra parte, se debe suponer que los encuestadores de los atlas eran muy conscientes de estos problemas, y que buscaban como informantes no solamente campesinos ancianos sedentarios, sino que entre éstos escogían los que mejor comprendían lo que intentaban hacer con las encuestas (lo sabemos indirectamente porque en algunos cuadernos consta que el informante era demasiado torpe para comprender). Si no tenemos el «guión» que seguían durante las entrevistas, sí sabemos al menos que, dentro de lo posible, se hacían las preguntas de forma indirecta (Navarro Tomás 1975)⁵.

⁵ Alvar *et al.* (1963-1971) dan frases para obtener las respuestas deseadas: «Cuando a uno se le cae el pañuelo del bolsillo, se dice: el pañuelo...» «¿Cómo se pregunta a un amigo si se le ha calmado el dolor que sentía?».

Por mucho que confiemos (o desconfiemos) en la destreza con que se aplicaba el cuestionario, la única prueba que importa verdaderamente son los datos obtenidos. Si fuera el caso general que las construcciones de las respuestas calcaran servilmente las formas del cuestionario, tendríamos que admitir que estos datos, aunque sean los únicos disponibles para muchas de las hablas en cuestión, no podrían considerarse como fieles reflejos de su auténtica estructura morfosintáctica. Afortunadamente, el caso no es así: un breve examen de los datos del *ALPI* (véase www.alpi.ca) basta para concluir que en general las respuestas no reproducen las formas estándares del cuestionario sino que distan en muchos casos de ellas⁶. Y aunque haya a veces alguna distorsión (probablemente no cuantificable) en los datos, dos cosas parecen sin embargo seguras: el efecto de la distorsión debe ser relativamente constante a través de los puntos, por lo menos cuando los encuestadores son los mismos. También podemos estar seguros de que, si hubiera distorsión, sería en la dirección del estándar: algunos informantes populares podían tal vez acomodar su habla hacia lo que perciben más prestigioso, pero nadie tendría ningún motivo para hacer su habla más vernácula de lo que ya era. La realidad, por lo tanto, tiene probablemente más formas vernáculas y más variación de la que captamos en estas encuestas, pero no hay ninguna razón para suponer que existan en realidad menos. Propongo por lo tanto el postulado metodológico siguiente:

- (4) Si hay distorsión en una encuesta será hacia formas más estándares: las formas vernáculas presentes reflejan probablemente una incidencia real más elevada del fenómeno en cuestión.

En realidad, esta constatación no es más que el (re)descubrimiento de un fenómeno conocido en sociolingüística como la «paradoja del observador» (Labov 1970: 32; Chambers 1995: 19), según la cual nunca se puede observar el comportamiento natural de los sujetos: el mero hecho de observar impide que la situación observada (y por lo tanto los datos) sean completamente naturales. Pero la sociolingüística moderna dispone de técnicas para mitigar (dentro de lo posible) los efectos de la «observer's paradox». Una de estas técnicas es la entrevista libre, donde los encuestadores entablan conversación para establecer un ambiente informal. Es éste el tipo de datos que se examinará ahora.

⁶ El estudio de Carter (2003) nos da ejemplos ilustrativos: aunque el cuestionario tenga preguntas con el pretérito o con el presente perfecto, las respuestas el tiempo de la pregunta sino que varían según el hablante.

3.3. Encuestas del COSER: diacronía (casi) contemporánea

Otro problema con los datos de atlas es que no reflejan la producción natural de estas secuencias de clíticos. Generalmente, el uso de *se me* y *se te* se limita a situaciones donde los hablantes se sienten involucrados personalmente: un verbo reflexivo (*caerse*, *calmarse*) se combina con otro clítico (dativo ético o afectado) que marca el efecto del evento sobre la persona que habla (*me*), o sobre su interlocutor (*te*). Por lo tanto, una de las grandes ventajas metodológicas de las encuestas para un atlas — el uso de un cuestionario uniforme, aplicado de la misma manera, para todas las encuestas — exige que el informante pronuncie estas frases, tan cargadas de afectividad, en un contexto muy artificial donde lo afectivo no parece ni apropiado ni probable. Esta es una de las razones por la que los datos recientísimos del *Corpus Oral y Sonoro del Español Rural (COSER)* resultan particularmente valiosos. Se trata de entrevistas con personas mayores grabadas en pueblos pequeños de las diferentes regiones castellanoparlantes entre 1991 y 2002, y transcritas en la Universidad Autónoma de Madrid (véase www.coser.uam.es). De momento, sólo disponemos de transcripciones parciales de unas 235 localidades en 25 provincias⁷, pero son datos suficientes para comprobar que las mismas secuencias variables (*me se*, *te se*) existen también en esta época contemporánea, con tendencias semejantes a las observadas anteriormente.

Antes de todo, hay que reconocer que las secuencias que nos interesan, sean con orden estándar o vernáculo, resultan bastante escasas: hay muchas entrevistas donde no ocurre ninguna de las variantes ni una sola vez. De más de 235 enclaves con transcripciones (algunas de entrevistas que duran de más de una hora) menos de 100 contienen secuencias de interés. En las transcripciones de Asturias, Zaragoza, Guadalajara, Albacete y Cuenca no se encuentra ni *se me* ni *me se* ni *se te* ni *te se*, mientras en las de Toledo, Ciudad Real, Palencia sólo se dan una o dos ocurrencias. Esto no quiere decir que las secuencias de clíticos sean desconocidas en dichas regiones, sino que no disponemos aún de suficientes transcripciones del *COSER* con entrevistas donde se utilicen.

⁷ Las transcripciones del *COSER* (proyecto recientísimo) han sido generosamente puestas a nuestra disposición por la Dra Inés Fernández-Ordóñez de la Universidad Autónoma de Madrid.

La distribución desigual de los datos es una consecuencia inherente del corpus: las entrevistas proporcionan datos más espontáneos y más numerosos que un cuestionario de atlas, pero no garantizan que una estructura en particular aparezca en el corpus, especialmente si es poco frecuente. Las secuencias de clíticos no aparecen en todas las entrevistas, debido esencialmente a dos factores: nunca son gramaticalmente obligatorias y pertenecen a un estilo afectivo que involucra al hablante con sus interlocutores, y por lo tanto varían mucho entre individuos y entre estilos. A veces tales secuencias están completamente ausentes, por el carácter no afectivo de la encuesta y, en cambio, cuando un sujeto empieza con un tema más afectivo, tienden a abundar. Desde un punto de vista discursivo es natural que las secuencias (estándares o vernáculas) con *me* sean más frecuentes que aquellas con *te*, ya que se suele manifestar más fácilmente la afectividad al hablar de sí mismo que al referirse a sus interlocutores (especialmente si son encuestadores recién conocidos).

En la Figura 2 se han eliminado las provincias en las cuales las transcripciones hasta ahora del *COSE*R no dan aún ninguna ocurrencia de estas secuencias de clíticos, y se han agrupado geográficamente las provincias con datos para obtener porcentajes relativos. Los resultados muestran claramente que ambas formas con el orden vernáculo siguen existiendo, aunque en proporción más reducida comparada con la de los atlas correspondientes. Las zonas repobladas desde principios del siglo XIII (Extremadura, La Mancha y Andalucía) siguen siendo las que presentan la mayor incidencia de las secuencias vernáculas, lo cual corresponde con los resultados del *ALEA* (Alvar *et al.* 1961-1973), pero en todas partes se nota que el uso de las secuencias vernáculas es bastante marginal. Ya que se trata de datos procedentes de hablantes ancianos en enclaves rurales, parece probable que las secuencias *me se* y *te se* desaparezcan de la lengua hablada dentro de pocas generaciones más.

Provincias:	<i>se me</i>	<i>me se</i>	%	<i>se te</i>	<i>te se</i>	%
Cantabria, País Vasco, Navarra	28/29	1/29	3,4%	17/18	1/18	5,6%
Burgos, La Rioja, León, Palencia, Soria, Valladolid, Zamora	45/52	7/52	13,5%	11/18	7/18	38,9%
Ávila, Salamanca, Segovia, Madrid, Teruel, Toledo.	81/90	9/90	10,0%	40/51	11/51	21,6%
Badajoz, Cáceres, Ciudad Real, Jaén	6/9	3/9	33,3%	3/7	4/7	57,1%

Figura 2: Secuencias de clíticos con órdenes estándares y vernáculos, según datos del COSER

A pesar de la escasez (relativa y absoluta) de las secuencias, podemos ver que la implicación asimétrica (*me se* implica *te se*) parece respetarse en las regiones donde hay datos vernáculos de ambas variantes. Las secuencias con *me* son más frecuentes (por las razones ya aludidas) pero aparecen mayoritariamente con el orden estándar, mientras que la proporción de formas vernáculos con *te* es netamente superior aunque el número absoluto de secuencias sea menor con este pronombre. Un corpus de este tipo permite ver tendencias cuantitativas variables más allá del sencillo par de formas que nos proporcionan los atlas. Ahora bien, se trata de estadísticas obtenidas mediante la suma de los resultados, y que, a diferencia de un atlas, no permiten comprobar si alguna variedad local o idiolectal concreta tiene o no la combinación que, según (3), parece ser muy marcada o inexistente (*me se* con *se te*).

4. DIACRONÍA MÁS LEJANA

La comparación de estos tres muestreos geolingüísticos sucesivos (el *ALPI*, los atlas regionales y el *COSER*) permite concluir que las secuencias con orden vernáculo han vivido una disminución global drástica durante el último siglo, pasando de ser las formas predominantes en los datos del *ALPI* a ser vestigios casi olvidados en las encuestas del *COSER*. Pero ¿se trata de un retroceso reciente frente a un fenómeno que sólo ha surgido en los últimos siglos? ¿O es más bien el resultado final de una tensión secular entre dos maneras de ordenar estos grupos de pronombres clíticos? Los datos sobre estas secuencias en siglos pasados son, otra vez, algo escasos, pero una búsqueda preliminar (en <http://www.corpusdelespanol.org/>) revela que los órdenes vernáculos están documentadas desde el siglo XIII, tal como se presenta en la Figura 3:

siglos:	1200	1300	1400	1500	1600	1700	1800	total
<i>se me</i>	99	70	196	2353	1739	1282	2896	8635
<i>me se</i>	1	0	11	1	3	1	22	40
% orden vernáculo	1,01	0,00	5,31	0,04	0,17	0,16	0,75	0,86
<i>se te</i>	87	17	104	387	283	79	422	1124
<i>te se</i>	2	0	2	4	4	12	25	71
% orden vernáculo	2,3	0,0	1,9	1,0	1,9	13,19	5,59	5,94

Figura 3: Ocurrencias de secuencias estándares y vernáculos a través los siglos

Parece pues que esta variación entre los órdenes que ahora son estándares y vernáculos no es un fenómeno reciente, sino más bien el reflejo de una dinámica que existe desde hace muchos siglos. En este sentido es interesante notar que los rasgos básicos que caracterizan la distribución de estas variantes se mantienen estables a través del tiempo: se manifiestan en el *ALPI* y en encuestas más recientes del siglo XX casi igual a cómo existían en siglos pasados. Así, las secuencias «invertidas» son siempre muy minoritarias, frente a las estándares⁸. Aunque en todas las épocas las combinaciones con *me* son más frecuentes que las otras, la secuencia invertida *te se* obtiene siempre una proporción más importante del total de las secuencias con *te* que la que obtiene *me se* del total de secuencias con *me*. Si la escasez general de la variantes vernáculos en textos escritos puede atribuirse a la fuerte estigmatización que sufren las formas no estándares, y la frecuencia de las formas con *me* a factores discursivos generales, no es así para la asimetría entre *me se* y *te se*. La implicación asimétrica entre las dos variantes vernáculos resiste por el momento intacta, tan robusta como inexplicable.

5. CONCLUSIONES

La diacronía reciente de las secuencias de clíticos con orden vernáculo sigue un trazado a favor de la lengua estándar que resulta familiar: el siglo XX ha visto como estas variantes pasaban de una posición claramente predominante entre las hablas españolas populares a ser un vestigio arcaico que apenas sobrevive entre las capas rurales de más edad. Si bien es cierto que un efecto

⁸ En su excelente resumen de la investigación sobre estas secuencias, Martín Zorraquino (1979 : 347-352) dice que el orden vernáculo está documentado «desde fecha antigua», y que ya en el XVIII era denunciado como vulgarismo. También recoge ejemplos de diferentes regiones peninsulares y de varios países hispanoamericanos. Según este estado de la cuestión, resulta claro que nadie hasta ahora ha percibido la asimetría existente entre *me se* y *te se*.

similar han tenido la escuela, los medios de comunicación masiva y la modernización en general en otras muchas características de las hablas populares durante este mismo período, escasean los ejemplos de otros fenómenos que sufran una caída tan dramática en tan poco tiempo como la de *te se*, desde el 97% de empleo en el *ALPI* hasta menos del 10% en algunas regiones en el *COSER*.

Quizás más sorprendente es la constatación de que estas secuencias con orden vernáculo están documentadas en las fuentes textuales desde hace siglos. Parece claro que siempre han sido variantes fuertemente estigmatizadas, por lo que solamente aparecen en los textos en proporciones reducidísimas, frente a la secuencias con el orden estándar. Otro indicio de la relativa antigüedad del fenómeno es su presencia en las variedades judeoespañolas, separadas de las demás variedades del español desde el siglo XVI⁹. La escasez de tales formas vernáculos en los textos antiguos dificulta la investigación del comportamiento en siglos pasados de un fenómeno tan netamente popular, pero los indicios textuales que tenemos sugieren que a lo largo de su historia estas secuencias obedecían a las mismas tendencias observadas en las encuestas dialectológicas del siglo XX. La implicación asimétrica entre las secuencias con *me* y con *te* descrita aquí caracteriza su relación con una regularidad asombrosa, ya sean variantes mayoritarias o minoritarias.

Y es precisamente esta asimetría entre las dos secuencias vernáculos la que carece de una explicación hasta el momento, como casi todo lo que concierne a las secuencias de clíticos. No se ha explicado satisfactoriamente por qué los clíticos tienden a agruparse en secuencias de orden fijo, ni por qué estos órdenes cambian con el tiempo. En espera de investigaciones futuras sobre el tema, nos contentamos por ahora con repetir la perspicaz intuición de un gran lingüista que parece haberse percatado de este fenómeno: «Totalmente inculca es la anteposición de *me* y *te* a *se* («*me se cayó*», «*te se olvida*»), aunque el *te se* cuenta con cierta indulgencia en algunas regiones» Lapesa (1980: 472)¹⁰.

⁹ Agradezco a la Dra María Antonia Martín Zorraquín de la Universidad de Zaragoza el haberme hecho ver tan amablemente esta observación.

¹⁰ Es quizás significativo que no parece existir un equivalente de la frase mnemotécnica citada en la nota 1 para recordar el orden estándar *se te* (como «*la seda antes del tejido*» o algo así).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALPI (1962): *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid. No I.
- Alvar, Manuel, «Proyecto de un atlas lingüístico de Andalucía» en *Orbis*, II, 1953, págs. 49-60.
- Alvar, Manuel (1995): *Atlas lingüístico y etnográfico de Cantabria*. Arco Libros, Madrid, 2 tomos.
- Alvar, Manuel (1999): *Atlas lingüístico de Castilla y León*. Salamanca : Junta de Castilla y León.
- Alvar, Manuel, Antonio Llorente, Tomás Buesa (1979-1983): *Atlas lingüístico y etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*. Departamento de Geografía Lingüística Institución Fernando el Católico y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- Alvar, Manuel, Antonio Llorente y Gregorio Salvador (1961-1973): *Atlas lingüístico y etnográfico de Andalucía*, Universidad de Granada: Granada.
- Carter, Diana M. (2003): *Variación en el uso del presente perfecto en España*. Tesis de MA, University of Western Ontario, London (Canadá).
- Chambers, Jack (1995): *Sociolinguistic Theory: Linguistic variation and its Social Significance*. Cambridge: Blackwell.
- Dauzat, Albert , «Le nouvel Atlas Linguistique de la France», *Le français moderne*, 7, 1939, págs. 289-292.
- García Martínez, Ginés, (1986) (1960). *El habla de Cartagena: palabras y cosas (Notas para el estudio del castellano vulgar actual y de la propagación del aragonés y del catalán por el Sur)*. Murcia: Universidad de Murcia.
- Heap, David, (1998): «Optimalizing Romance Clitic Sequences.» en José Lema & Esther Treviño, (compiladores). *Theoretical Advances on Romance Linguistics (CILT157*, series editor Konrad Koerner). Philadelphia: John Benjamins. 227-248.
- Heap, David, (2002): «Segunda noticia histórica del ALPI a los cuarenta años de la publicación de su primer tomo.» *Revista de filología española* LXXXII, 5-19.
- Heap, David (2003): «Nonstandard Spanish sequences of ‘reflexive’ and other clitics: structural markedness relationships.» comunicación leída en el Congreso Anual de la *Canadian Linguistics Association*.
- Heap, David (en prensa): «Constraining Optimality: Clitic sequences and Feature Geometry.» En Lorie Heggie y Francisco Ordóñez (compiladores), *Clitic and Affix Ordering*. (Linguistik Aktuell) Philadelphia: John Benjamins.
- Heap, David, and Svetlana Kaminska. 2001. “Variable clitic sequences in non-standard French: Feature Geometry or Optimality?” *University of Pennsylvania Working Papers in Linguistics* 7.3, 101-114.
- Jaberg, Karl (1936): *Aspects géographiques du langage*. Droz: Paris.
- Labov, William, «The study of language in its social context.» en *Studium Generale* 23, 1970, págs. 30-87.
- Lapesa, Rafael (1980): *Historia de la lengua española*, Gredos, Madrid (8a edición).
- Martín Zorraquín, María Antonia (1979): *Las construcciones pronominales en español: paradigma y desviaciones*. Gredos, Madrid.
- Navarro Tomás, Tomás, «Noticia histórica del ALPI», en *Capítulos de geographía lingüística*, Insituto Caro y Cuervo, Bogotá, 1975, págs. 9-20.
- Pato Maldonado, Enrique (2003): *La sustitución del imperfecto de subjuntivo por el condicional simple y el imperfecto del indicativo en el castellano septentrional peninsular*. Tesis doctoral, Universidad Autónoma de Madrid.
- Real Academia Española, 1973. *Esbozo de una nueva gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa Calpe.
- Smith, J.-C.(2000): «Éthiquête(s): à la recherche du ‘datif de solidarité’ en français contemporain», comunicación leída en el congreso anual de la Association for French Language Studies, Université Laval, Québec.